

RADUAN NASSAR
Labranza arcaica

TRADUCCIÓN DE JUAN PABLO VILLALOBOS

narrative semiotics



Labranza arcaica

Labranza arcaica
RADUAN NASSAR

TRADUCCIÓN DE JUAN PABLO VILLALOBOS

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Lavoura arcaica

Copyright © RADUAN NASSAR 1975
First published in Brazil by COMPANHIA DAS LETRAS, São Paulo
Primera edición: 2018

Traducción
© JUAN PABLO VILLALOBOS

Imagen de portada
Sem título (n.º. 294), 1961, 70 x 70 cm., Pintura / Óleo sobre tela
© INSTITUTO MANABU MABE

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2018
París 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, Ciudad de México, México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Impresión
COFAS

Formación
GRAFIME

ISBN: 978-84-16358-76-2



MINISTÉRIO DA CULTURA
Fundação BIBLIOTECA NACIONAL

Obra publicada com o apoio do Ministério da Cultura do Brasil / Fundação Biblioteca Nacional

Obra publicada con el apoyo del Ministerio de Cultura de Brasil / Fundación Biblioteca Nacional

Índice

Portada

Legal

LA PARTIDA

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

EL RETORNO

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

XXIX

XXX

Notas

LA PARTIDA

«¿Qué culpa tenemos nosotros de esta planta de la infancia,
de su seducción, de su vigor y constancia?».

JORGE DE LIMA

I

Los ojos en el techo, la desnudez en el cuarto; rosado, azul o violáceo, el cuarto es inviolable, el cuarto es individual, es un mundo, un cuarto catedral donde, en los intervalos de angustia, se cosecha, de un áspero tallo, en la palma de la mano, la rosa blanca de la desesperación, porque entre los objetos que el cuarto consagra están primero los objetos del cuerpo; yo estaba tumbado en el suelo de mi cuarto, en una vieja pensión de provincias, cuando mi hermano llegó para llevarme de vuelta; mi mano, poco antes dinámica y con dura disciplina, recorría lentamente la piel mojada de mi cuerpo; las puntas de mis dedos tocaban llenas de veneno el vello incipiente de mi pecho aún caliente; mi cabeza giraba aturdida mientras mi pelo se desplazaba en gruesas ondas sobre la curva húmeda de la frente; recosté una de las mejillas contra el suelo, pero mis ojos casi no aprehendieron nada, apenas perdieron la inmovilidad ante el vuelo fugaz de las pestañas; el ruido de los golpes en la puerta llegaba suave, se arrimaba despojado de sentido, el copo de paina se insinuaba entre las curvas sinuosas de la oreja donde por momentos se adormecía; el ruido, repitiéndose, siempre suave y manso, no perturbaba mi dulce embriaguez, ni mi somnolencia, ni el disperso y difuso torbellino sin respuesta; luego mis ojos vieron el picaporte que giraba, pero su movimiento se olvidaba en la retina como un objeto sin vida, un sonido sin vibración o un soplo oscuro en el sótano de la memoria; de pronto los golpes pusieron en sobresalto y desesperación las cosas letárgicas de mi cuarto; con un salto leve y silencioso me puse de pie, agachándome para recoger la toalla extendida en el suelo; apreté los ojos mientras me secaba la mano, sacudí enseguida la cabeza para sacudir mis ojos, tomé la camisa tirada en la silla, escondí en el pantalón mi sexo morado y oscuro, luego di unos pasos, abrí una de las hojas, reculando detrás de ella: mi hermano mayor estaba en la puerta; al entrar quedamos cara a cara, nuestros ojos quietos, un espacio de tierra seca nos separaba, había susto y asombro en ese polvo, pero no era una sorpresa, ni siquiera sé lo que era, y no nos decíamos nada, hasta que él extendió los brazos y cerró en silencio las manos fuertes en mis hombros y nos miramos y en un instante preciso nuestras memorias asaltaron nuestros ojos atropelladamente, y vi de pronto humedecerse sus ojos, y

fue entonces cuando me abrazó, y sentí en sus brazos el peso de los brazos empapados de la familia entera; nos miramos de nuevo y yo dije: «No te esperaba», eso dije, confuso por la torpeza de lo que decía y lleno de recelo de que se me escapara algo en cualquier cosa que dijera; aun así, repetí: «No te esperaba», fue eso lo que dije otra vez, y sentí la fuerza poderosa de la familia abatiéndose sobre mí como un aguacero pesado mientras él decía: «Te queremos mucho, te queremos mucho», y eso era todo lo que decía mientras me abrazaba una vez más; todavía confuso, aturdido, le indiqué la silla del rincón, pero él ni siquiera se movió y, sacando el pañuelo del bolsillo, dijo: «Abotónate la camisa, André».

II

En la modorra de las tardes ociosas en la hacienda, yo me escapaba de los ojos aprehensivos de la familia a un lugar apartado en el bosque; amainaba la fiebre de mis pies en la tierra húmeda, cubría mi cuerpo de hojas y, echado a la sombra, dormía en la postura quieta de una planta enferma doblada por el peso de un capullo rojo; ¿no eran duendes todos aquellos troncos a mi alrededor, velando en silencio y llenos de paciencia mi sueño adolescente?, ¿qué urnas tan antiguas eran ésas, que liberaban las voces protectoras que me llamaban desde la terraza?, ¿de qué servían esos gritos, si mensajeros más veloces, más activos, cabalgaban mejor el viento corrompiendo los hilos de la atmósfera? (mi sueño, al madurar, sería cosechado con la voluptuosidad religiosa con la que se cosecha un fruto).

III

Y recordé que en sus sermones mi padre siempre nos decía que los ojos son el candil del cuerpo, y que si eran buenos era porque el cuerpo tenía luz, y si los ojos no eran limpios era porque revelaban un cuerpo tenebroso, y yo ahí, delante de mi hermano, respirando un exaltado olor a vino, sabía que mis ojos eran dos carozos repulsivos, pero no le di importancia, yo estaba confuso, y hasta perdido, y me vi de pronto haciendo cosas, moviendo las manos, recorriendo el cuarto, como si mi embarazo proviniera del desorden que me rodeaba; ordené las cosas encima de la mesa, pasé un trapo por la superficie, vacié el cenicero en el cesto, alisé las sábanas de la cama, doblé la toalla en la cabecera, y ya había vuelto a la mesa para llenar dos vasos cuando me descuidé y casi pregunté por Ana, pero fue sólo un súbito ímpetu atropellado, debería preguntarle cómo pudo llegar a mi pensión, descubrirme en el caserío antiguo, o incluso, de manera ingenua, intentar conocer el motivo de su llegada, pero ni siquiera estaba pensando en esas cosas, porque estaba oscuro por dentro, no conseguía salir de la carne de mis sentimientos, y ahí junto a la mesa estaba seguro de una sola cosa, de tener los ojos exasperados sobre el vino que vertía en los vasos; «Los postigos», dijo él, «¿por qué están cerrados los postigos?», dijo desde la silla del rincón donde estaba sentando, y no lo pensé dos veces y corrí a abrir la ventana y afuera había un atardecer tierno y casi frío, hecho de un sol fibroso y anaranjado que tiñó ampliamente el pozo de penumbra de mi cuarto, y yo aún encajaba las hojas de los postigos en los ganchos cuando, ligera, me recorrió una primera crisis, pero no le hice caso, fue pasajera, por eso sólo pensé en concluir mi labor y poco después fui, generoso y con algún escarnio, a poner entre sus manos un soberbio vaso de vino; y mientras una brisa impertinente calentaba las cortinas de encaje grueso, que a media altura tenían los dibujos de dos ángeles trepando por las nubes y soplando tranquilos clarines con las mejillas infladas, me abandoné al borde de la cama, los ojos bajos, dos bagazos, y fueron sus ojos llenos de luz encima de mí, no tengo dudas, los que me envenenaron, y fue una onda corta y quieta que me amenazó de cerca, haciéndome que en un impulso casi lo provocara con un grito: «No te contengas, hermano mío, encuentra de una vez la voz solemne que

buscas, una voz potente de reproche; pregunta sin demora qué es lo que me sucede desde siempre, haz muecas, desfigúrame de prisa la cara, rompe contra mis ojos la vieja vajilla de nuestra casa», pero me contuve, creyendo que incitarlo, además de inútil, sería una tontería, y, sin darme cuenta, me quedé pensando en sus ojos, en los ojos de mi madre en las horas más silenciosas de la tarde, tras los que se ocultaban el cariño y las aprehensiones de una familia entera, y recordé cuando se abrió en vago instante la puerta de mi cuarto, resurgiendo una figura maternal y casi afligida, «No te quedes así en la cama, corazón, habla conmigo, no hagas sufrir a tu madre», y sorprendido, y asustado, sentí que en cualquier momento podría también estallar en llanto, y se me ocurrió que sería bueno aprovechar un resto de embriaguez que no se había dejado espantar con su llegada para confesar, quizá de manera piadosa: «Es mi delirio, Pedro, es mi delirio, si quieres saberlo», pero eso sólo me pasó por la cabeza de modo confuso, lo que me hizo empujar el vaso en dos tragos rápidos, y yo, que creía inútil decir cualquier cosa, tuve que oír (él cumplía la sublime misión de devolver al hijo descarriado al seno de la familia) la voz de mi hermano, calma y serena como convenía; era una oración lo que decía, cuando empezó a hablar (era mi padre) de la cal y de las piedras de nuestra catedral.

IV

Sudanesa (o Schuda) era así: fornida; vivía bajo un techo de dos aguas, de paja gruesa y dorada, en una cerca de estacas bien plantadas, una al lado de la otra, que yo al principio apenas me atrevía a espiar a través de las hendiduras; era en una vasija de barro fresca y renovada donde cada mañana se lavaba la lengua y sorbía el agua; era en una cama bien provista de heno, olorosa y blanda, donde echaba el cuerpo y descansaba la cabeza, cuando el sol afuera ya alcanzaba el cénit; tenía un cocharro siempre limpio con maíz desgranado en la trilla y pasto verde bien segado en el que yo restregaba perejil para abrirle el apetito; la primera vez que vi a Sudanesa con mis ojos enfermizos fue un atardecer en que la saqué fuera, allá por los arbustos floridos que circundaban su cuarto agreste de cortesana; la conduje con el cuidado de un amante cariñoso, ella me seguía dócil pisando con sus patas de tacón, bamboleando y balanceando el cuerpo ancho suspendido sobre las columnas bien delineadas de las patas; al atardecer empecé a cuidar de su cuerpo, sumergía mis manos humosas en cuencos de ungüentos de olores variados, y luego desaparecían en su pelo suave y con flecos; pero no era una cabra lasciva, era una cabra de juguete, un contorno de tetas gordas e hinchadas, exponiendo con sus meneos las partes oscuras más pudendas, toda sensible cuando el peine recorría el pelo agradable y ondulado del cuerpo; era una cabra coqueta, era una cabra a la que le pendía el lóbulo de las orejas; tenía un rabo pequeño que era un pedazo de muelle revestido de buena cerda, tan sensible al toque leve, muy receptiva al cariño sutil y más delicado de un dedo; parecía esculpida de cuerpo entero cuando masticaba, no con los dientes sino con el tiempo, una vara verde atravesada en su boca paciente; y era entonces una cabra de piedra, tenía en los ojos dos trazos de tristeza bien impresos, pestañas largas y negras; era en esa postura mística una cabra predestinada; trajeron a Sudanesa a la hacienda para mezclar su sangre, sin embargo llegó preñada, llegó pidiendo cuidados especiales y, en aquella época, adolescente tímido, di mis primeros pasos para salir de mi aislamiento: abandoné la vagancia y, sacrilego, me nombré su pastor lírico; di primor a sus formas, di brillo al pelo, le di collares de flores, enrollé en su pescuezo largos metros de cundeamor, con sus frutos chillo-

nes colgados como si fueran campanas; Schuda, paciente, más generosa, cuando un tallo más tímido, misterioso y lúbrico buscaba en el intercurso el concurso de su cuerpo.

V

El amor, la unión y el trabajo de todos nosotros junto al padre eran un mensaje de pureza austera, guardado en nuestros santuarios, que comulgábamos solemnemente cada día, al hacer nuestro desayuno matinal y nuestro libro crepuscular; sin perder de vista la claridad piadosa de esta máxima, mi hermano continuaba con su plegaria, sugiriendo a cada paso, discretamente, mi inmadurez en la vida, hablando de los tropiezos a los que cada uno de nosotros estaba sujeto, y que era normal que eso pudiera haber sucedido, pero que era importante no olvidar tampoco las peculiaridades afectivas y espirituales que nos unían, no sucumbiendo a las tentaciones, poniéndonos en guardia contra la caída (sin importar de qué naturaleza); era éste el cuidado, era ésta por lo menos la parte que le correspondía a cada miembro, el quiñón al que cada uno estaba obligado, pues bastaba que uno de nosotros pisara en falso para que toda la familia cayera detrás; y dijo que estando la casa de pie cada uno de nosotros estaría también de pie, y que para mantener la casa erguida era necesario fortalecer el sentimiento del deber, venerando nuestros lazos de sangre, no alejándonos de nuestra puerta, respondiendo a nuestro padre cuando hiciera preguntas, no escondiendo nuestros ojos al hermano que los necesitara, participando del trabajo de la familia, trayendo los frutos a casa, ayudando a proveer la mesa común, y que dentro de la austeridad de nuestro modo de vida siempre habría lugar para muchas alegrías, comenzando por el cumplimiento de las labores que nos fueran atribuidas, pues se condenaba a un fardo terrible aquel que se sustrajera de las exigencias sagradas del deber; además habló de los anhelos aislados de cada uno en casa, pero que era necesario refrenar los malos impulsos, moderar prudentemente los buenos, no perder de vista el equilibrio, cultivando el autodominio, precaviéndose contra el egoísmo y las pasiones peligrosas que lo acompañan, intentando encontrar la solución a nuestros problemas individuales sin crearle problemas más graves a los que estimábamos, y que para ponderar cada caso siempre había existido el mismo tronco, la mano leal, la palabra amorosa y sabia de nuestros principios, sin contar con que el horizonte de la vida no era tan largo como parecía, no pasando de ser una ilusión, en mi caso, la felicidad que pudiera haber vislumbrado